

# GRANITO, BRONCE Y PLOMO PARA FRAGUAR LA GLORIA

José Manuel SOLLOSO GARCÍA



RAS largas e infructuosas negociaciones, el 25 de abril de 1898 los Estados Unidos declararon la guerra a España poniendo como excusa la explosión ocurrida en el *Maine* en el puerto de La Habana, que ocasionó su hundimiento y 260 muertos. Tal suceso fue aprovechado por el presidente McKinley y el Gobierno americano que, ayudados por la prensa amarilla de la época, hicieron ver al mundo que la explosión del *Maine* había sido producto de un

sabotaje por parte de los españoles. Hace ya tiempo quedó demostrado que la explosión fue un lamentable accidente, que sirvió para que los Estados Unidos se apoderasen de forma astuta y sibilina de las últimas colonias españolas de ultramar.

El 3 de julio de 1898, una escuadra española fondeada en la bahía de Santiago de Cuba al mando del almirante Pascual Cervera y Topete se hizo a la mar de forma suicida para enfrentarse a los buques norteamericanos mandados por el almirante William T. Sampson. El combate duró cuatro interminables horas, tiempo más que suficiente para marcar el principio de nuestra decadencia naval, el final de nuestro poder colonial y ver el sacrificio lleno de heroísmo y abnegación de las dotaciones españolas. El balance de muertos fue muy desigual: la escuadra española perdió 383 hombres de un total de casi 3.000, y la norteamericana sólo un hombre, el marinero George Ellis, embarcado en el crucero *Brooklyn*, que sufrió los cañonazos del crucero protegido *María Teresa*, buque insignia de la escuadra española, al mando del capitán de navío don Víctor Concas.

Los cruceros protegidos *María Teresa* y *Oquendo* embarrancaron en las proximidades de punta Cabrera, uno muy cerca del otro, reuniéndose en la playa 100 supervivientes junto al almirante Cervera. El crucero protegido *Vizcaya* embarrancó en la playa de Aserradero, y el crucero acorazado *Colón* en las proximidades del río Turquino, a 45 millas de la bocana de salida de la



Crucero *Infanta María Teresa*.

bahía de Santiago de Cuba. Aquellos que sobrevivieron en los buques españoles —que poco a poco fueron embarrancando en la costa cubana— tuvieron que continuar luchado contra la fatiga y el agotamiento, recogiendo los muertos que flotaban a la deriva y ayudando a los heridos que a duras penas podían sostenerse por sí mismos para llegar a la playa.

Cuando se dejó de oír el estruendo de los cañones y se dio por finalizado el combate; los supervivientes que podían valerse por sus medios decidieron acudir a Santiago de Cuba en busca de ayuda, pero durante el trayecto tuvieron que desistir de su propósito debido a las continuas escaramuzas que sufrieron del cabecilla independentista Calixto García, que llegó a ofrecerles pasarse a sus filas.

En medio de tanta desesperación e incertidumbre, las primeras ayudas llegaron de manos de los marinos norteamericanos. El crucero acorazado *Iowa*, al mando de Mr. Evans y buque insignia de la escuadra, junto con el mercante armado *Gloucester*, el buque auxiliar *Harward* y el buque hospital *Olivette* fueron los primeros en fondear en las proximidades del *Vizcaya* para acudir en ayuda de los náufragos, que convertidos en prisioneros de guerra recibieron a bordo de los buques norteamericanos los primeros auxilios. Entre ellos estaban el almirante Cervera y algunos de los oficiales de su Estado Mayor, el comandante del *Vizcaya*, los comandantes de los cazatorpedos *Furor* y *Plutón* y un grupo de clases de marinería de las dotaciones de los buques embarrancados.

Las labores de ayuda y recuento de los prisioneros a bordo del *Iowa* continuaron hasta las 0800 del día 5, momento en el cual el buque insignia norteamericano salió del fondeadero para reunirse con el resto de la escuadra, después de repartir los 966 prisioneros rescatados en los buques hospitales que los llevaron a Caimanera (Guantánamo), de donde salieron rumbo a los Estados Unidos.

El almirante Cervera embarcó en el buque *Solace* acompañado de la mayoría de sus oficiales de Estado Mayor, en donde fueron correctamente atendidos por los médicos y los servicios sanitarios de a bordo. Los comandantes de los cruceros y la marinería fueron embarcados en los buques hospitales *St. Louis* y *Harward*, en donde no corrieron la misma suerte que sus compañeros, porque fueron alojados en lugares insalubres y malolientes que anteriormente habían sido empleados para transportar ganado. Durante la travesía murieron por enfermedad 31 prisioneros, sin olvidar los que salvajemente fueron tiroteados a bordo del *Harward* cuando sus guardianes confundieron una petición de los prisioneros españoles con un posible motín.

Los primeros capturados llegaron al puerto de Portsmouth (New Hampshire) el día 10 de julio a bordo del *St. Louis*. Desde allí fueron trasladados a la isla-prisión de Camp Long. El día 16 llegó el *Harward* después de haber hecho escala en Annapolis para desembarcar a los oficiales y la marinería para su traslado a la citada isla-prisión, al lado de sus compañeros. Ese mismo día



Crucero *New York*.

llegaron al puerto de Norfolk, a bordo del *Solace*, el almirante Cervera y sus oficiales, donde fueron atendidos por los médicos militares y las monjas Hermanas de la Caridad, para ser posteriormente trasladados a Annapolis, donde fueron recibidos por el director de la Academia Naval y alojados en las habitaciones de los guardias marinas que estaban de permiso. De entre las muchas autoridades que se brindaron a ofrecerles su ayuda destacó Mr. Arthur C. Humphreys, que había sido cónsul en España. No ocurrió lo mismo con los oficiales y la marinería recluida en isla de Camp Long, que sufrieron los desprecios y los desmanes de un coronel de *marines* que desobedecía de forma descarada las órdenes del director de la prisión, un débil almirante en la reserva, falto de carácter. Afortunadamente, esos abusos llegaron a oídos del almirante Cervera y los puso en conocimiento de las autoridades del Gobierno, que destituyeron al coronel y al almirante reservista.

Poco antes de iniciarse las conversaciones de paz entre España y los Estados Unidos (Tratado de París) se acordó que la repatriación de los prisioneros debería hacerse antes del día 1 de diciembre. Dicho acuerdo se puso en conocimiento del almirante Cervera, que mandó buscar enseguida un buque en el que poder regresar a España con todos los prisioneros supervivientes de su escuadra. A principios de septiembre, el teniente de navío Aznar fletó en el puerto New York un transporte inglés, el *City of Rome*, que recogió los prisioneros de Norfolk y Annapolis y se dirigió a Portsmouth, en donde embarcaron los últimos prisioneros. El día 13 puso rumbo a España llevando a bordo dos almirantes, 8 jefes, 70 oficiales y 1.754 clases de marinería.

El presidente del Gobierno Práxedes Mateo Sagasta y su Consejo de Ministros, temerosos de las reacciones populares que pudieran producirse en cualquiera de los dos puertos departamentales del Atlántico (Cádiz o Ferrol), decidieron que fuera Santander el puerto de acogida para aquellos valientes que lo habían perdido todo menos la dignidad y el honor. Así, el 21 de septiembre, a las 0800, el *City of Rome* fondeó en el puerto de Santander y fue rodeado por un enjambre de pequeños barcos en los que desde muy temprano habían embarcado familiares, amigos y autoridades para recibirles. Entre ellos se encontraba el general Warlate, que en calidad de amigo del almirante Cervera le dio la bienvenida transmitiéndole el mensaje de sus paisanos de Cádiz, al mismo tiempo que a bordo se recibían muchos telegramas, de los que cabe destacar el enviado por S. M. la reina Doña María Cristina de Habsburgo-Lorena.

Finalizados los actos de recibimiento, los marineros españoles, vestidos con el uniforme de faena de la Marina de los Estados Unidos, embarcaron en el buque *Meteoro*, que los llevó a la Base Naval de Ferrol, donde fueron reconocidos y médicamente atendidos. Al atardecer del mismo día el almirante Cervera y sus comandantes se trasladaron en ferrocarril a Madrid. En la Estación del Norte, a pie de andén, les estaba esperando el ministro de Marina, almirante Ramón Auñón, que de forma respetuosa y cargada de frialdad ofre-

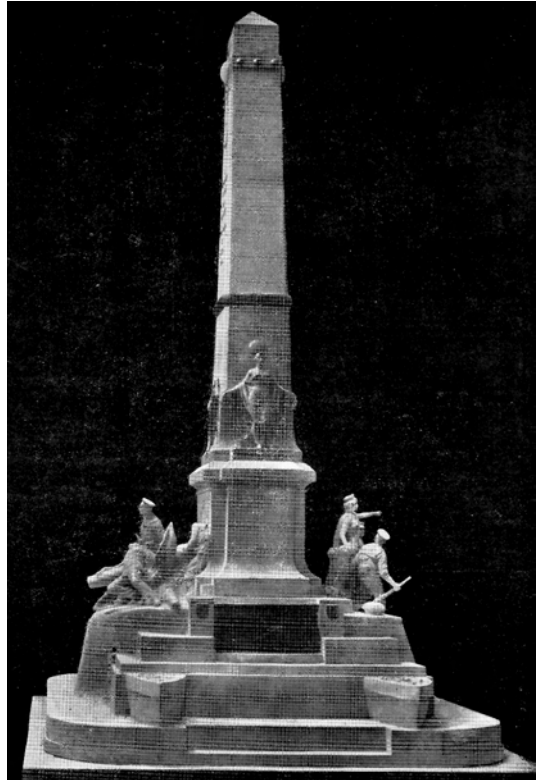
ció su coche oficial al almirante para desplazarse al Ministerio de Marina, ofrecimiento que fue rehusado.

El Gobierno de Sagasta permaneció ajeno a todos los actos de bienvenida que el pueblo dispensó a los supervivientes, pero inició la «caza y captura» de los responsables de aquel desastre naval, acusando directamente al almirante Cervera y a sus comandantes, que fueron juzgados y sometidos a todo tipo de presiones. Se llegó a insultar al almirante, llamándosele «viejo decrépito» y diciendo que era «más ignorante que un cabo escuadra», pero el sentido común de la mitad de los diputados más uno fue suficiente para sobreseer al almirante y a sus comandantes de los cargos de los que eran acusados.

Dos años más tarde, el Gobierno concedió la Cruz del Mérito Naval (no pensionada) a los supervivientes que habían realizado algún acto meritorio durante y después del combate naval, reconociendo su valor heroico; pero en 1916 una R. O. de fecha 29 de julio cambió el concepto de valor heroico por el de valor reconocido, dañando la dignidad de aquellos hombres que habían arriesgado su vida en actos calificados con anterioridad de heroicos.

Con el paso del tiempo la euforia popular de aquellos primeros momentos fue cayendo en el olvido, pero no por mucho tiempo. El 3 de febrero de 1919, el periódico *La correspondencia* de España publicó un artículo, escrito por el capitán de Infantería don Francisco Anaya Ruiz, en el cual se reivindicaba un homenaje a los héroes de Cuba y Cavite. Los noticiarios *La Correspondencia Militar* y *El Diario de Marina* se hicieron eco del artículo y dieron lugar a que se formara una Comisión para organizar y gestionar la construcción de un monumento en memoria de aquellos héroes olvidados.

El primer presidente de la Comisión Organizadora fue el general don Pío Suárez Inclán,



Maqueta del monumento en 1923.





Alegoría de la Patria.

pero poco después ocupó su puesto Rafael Altamira Crevea, acompañado de un grupo de entusiastas colaboradores que iniciaron las labores de propaganda para obtener ayudas económicas en aquellos lugares de España y del extranjero estrechamente ligado a los hechos que se querían reivindicar, especialmente en Cuba y Filipinas.

S. M. el rey Don Alfonso XIII y S. M. la reina Doña Victoria Eugenia fueron los primeros en abrir la cuestación popular, con una aportación de 5.000 pesetas. La más importante fue de 65.091,50 pesetas, realizada por los cincuenta socios del Casino Español de Sagua La Grande (Cuba), presidido por Amador Fernández y Constantino Suárez. El

Ministerio de Marina colaboró con 2.600 pesetas, el Ayuntamiento y la Junta de Obras del Puerto de Cartagena con 25.000, la Compañía Trasmediterránea con 5.000 y la Sociedad Española de Construcción Naval con 3.000, que junto a otras aportaciones más modestas y no menos importantes sumaron la cantidad de 335.457 pesetas.

Una vez reunido el dinero, una comisión itinerante encabezada por el capitán de Infantería Francisco Anaya Ruiz recorrió aquellos lugares de España que habían tenido una estrecha relación con los hechos, y tras un minucioso estudio que fue sometido a la votación de la comisión organizadora se acordó por mayoría ubicar el monumento en la ciudad de Cartagena, especificando que si sobraba algún dinero se harían unas placas conmemorativas para ser colocadas en Cádiz y Ferrol.

El diseño y construcción del monumento fue obra del escultor ovetense Julio González Pola y García, que lo empezó a mediados de febrero de 1923 y que originalmente consistía en lo siguiente: sobre un pedestal cuadrado, las proas de los cuatro buques que se perdieron en el combate, y sobre éstas, cuatro coronas funerarias; en el centro del pedestal, un obelisco de 15 metros de altura, con dos focos incrustados en su parte alta; a media altura, un baquetón de bronce formado con hojas de laurel, y debajo, en dos caras opuestas,

las esculturas de dos mujeres romanas representando a las Glorias, realizadas en piedra marmórea azulada; en la parte del pedestal que apunta al mar, un grupo escultórico hecho en piedra marmórea azulada representando el Heroísmo; y en la parte contraria, que apunta a la fachada lateral del Ayuntamiento de Cartagena, otro grupo realizado con el mismo material, representando la Patria.

Los nombres y apellidos de todos los marinos que perdieron la vida en el combate naval están grabados en varias losas de mármol blanco, colocadas en los sitios más visibles del monumento, para que puedan ser leídos junto a las estrofas y los versos que ensalzan el heroísmo y el sacrificio de aquellos marinos.

El monumento está rodeado con un zócalo de 50 cm de alto que forma un cuadrado de 16 metros de lado, y unas anclas tipo *hall* unidas entre sí con eslabones de cadena. En los vértices del cuadrado hay unas pilastras que tenían añadido un salvavidas de hierro con el nombre de cada uno de los cuatro buques que se perdieron en el combate.

El 4 de noviembre de 1923 finalizó la construcción, y el 7 del mismo mes llegaban SS. MM. los Reyes a Cartagena para su inauguración. Acompañaban a Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia el presidente del directorio general, Primo de Rivera, el embajador americano Mr. Moore y un nutrido séquito de personalidades nacionales y locales.

Los actos oficiales se iniciaron con un *Te Deum* celebrado en la iglesia de la Virgen de La Caridad, patrona de la ciudad de Cartagena. Al día siguiente S. M. el Rey visitó los emplazamientos de las baterías de costa y S. M. la Reina el Hospital Naval y el de La Caridad. Después del almuerzo los monarcas asistieron a una corrida de toros acompañados del capitán general del Departamento don Juan de Carranza, el gobernador militar don Pedro Vives y el alcalde de Cartagena don Alfonso Torres. A las 1100 del día 9 dieron comienzo los actos de inauguración del monumento, presididos por SS. MM.



Alegoría del Heroísmo en figuras de plomo.

los Reyes. El presidente de la Comisión Organizadora, Rafael Altamira Crevea, y el alcalde de Cartagena, Alfonso Torres López, pronunciaron sus discursos inaugurales, y el presidente del Directorio Militar leyó el mensaje del rey, que procedió a continuación a descubrir el Monumento a los Héroeos de Cavite y Santiago de Cuba, dándolo por inaugurado. Finalizó el acto con la colocación de las coronas de laurel por parte del embajador americano y la celebración de una misa de campaña oficiada por el cura párroco de la Armada don José Riera.

Los actos castrenses, a continuación, comenzaron con la imposición de condecoraciones a los supervivientes. Un momento muy emotivo fue cuando S. M. el Rey impuso la Cruz del Mérito Naval al cabo cañón Damián Niebla, que había perdido el brazo izquierdo durante el combate a bordo del *Vizcaya*, y que llevado por la emoción no pudo evitar abrazarse a S. M. el Rey, que le correspondió de igual manera. Desfilaron después las tropas que habían asistido al acto, dándose por finalizados los actos. SS. MM. los Reyes se trasladaron a bordo del acorazado *Jaime I*, en el que fueron agasajados con un almuerzo.

El monumento presidió la plaza de su nombre en su estado original hasta 1972, año en el que, debido a su normal deterioro y a los actos de gamberrismo de que había sido objeto, fue necesaria una pequeña restauración que no dio los resultados deseados, ya que los materiales empleados se corroyeron rápidamente por su proximidad al mar. En 1977 el monumento fue nuevamente atacado por los gamberros y algunas de sus esculturas quedaron salvajemente decapitadas, dando lugar a que en 1980 se formara una comisión para la restauración definitiva del monumento. La iniciativa fue tomada por el almirante Juan Carlos Muñoz-Delgado, capitán general de la Zona Marítima, y una comisión gestora encabezada por el alcalde de Cartagena don Enrique Escudero de Castro, que reunieron para su restauración 25 millones de pesetas, fruto de las aportaciones económicas públicas y privadas.

La dirección técnica de las obras de desmontaje y reconstrucción del monumento, que duraron algo más de un año, fueron supervisadas y dirigidas por el contralmirante ingeniero de la Armada Remigio Díez Davó. El escultor imaginero valenciano y catedrático del Instituto Nacional de Bachillerato Alfonso X el Sabio en Murcia, M. Ángel Casaña, restauró todas las esculturas originales de Julio González Pola; el fundidor Eduardo Capa Sacristán, profesor de la Escuela del Bellas Artes de Madrid, empleó siete toneladas de bronce para fundir todas las esculturas, y el cantero Francisco García de las Heras empleó doscientos veintidós sillares de granito procedentes de la sierra de Guadarrama, de uno por medio metro de superficie, para la reconstrucción total del monumento.

El cambio más significativo fue la sustitución de las esculturas de mármol azulado por otras de bronce. Las originales, restauradas, fueron ubicadas en los jardines del Arsenal Militar de Cartagena y en los del Hospital Naval.



El día 28 de febrero de 1982 fue inaugurado de nuevo el monumento, en presencia del almirante Muñoz-Delgado, la comisión gestora y autoridades invitadas al acto. A lo largo de sus más de ochenta años de vida pública han sido muchos los actos de que ha sido objeto este monumento, casi siempre realizados por marinos de guerra. En 1924 fue homenajeado por el comandante y la dotación del destructor alemán *Emden*; en 1927 por las dotaciones de los destructores argentinos *Juan de Garay* y *Cervantes* (tipo *Churruca*), construidos en la Constructora Naval de Cartagena, y en 1965 por el buque escuela peruano *Independencia*. Todos ellos rindieron homenaje colocando una corona de laurel en memoria de aquellos héroes.

Cada año, en vísperas de la Semana Santa cartagenera, la Agrupación de Granaderos de la Cofradía Marraja rinde homenaje en el monumento al granadero de Infantería de Marina Martín Álvarez, que en 1797, sable en mano, defendió a bordo del navío *San Nicolás de Bari* la bandera nacional frente al acoso de los ingleses.

Con motivo del primer centenario de los combates navales de Santiago de Cuba y Cavite, el Ayuntamiento de Cartagena organizó un homenaje en recuerdo de aquellos marinos, al cual fueron invitados, como anteriormente lo habían sido sus augustos abuelos, SS. MM. los Reyes Don Juan Carlos I y Doña Sofía. El 12 de noviembre de 1998, al mediodía, llegaron a la plaza de los Héroes de Cavite y Santiago de Cuba SS. MM. los Reyes, acompañados del ministro de Defensa Eduardo Serra, que fueron recibidos por el presidente de la Comunidad Murciana Ramón Luis Valcárcel Siso, la alcaldesa de Cartagena Pilar Barreiro y el embajador norteamericano Eduardo Romero. Desfiló ante ellos una compañía de honores compuesta por tres secciones de los tres Ejércitos, mientras que una sección de Artillería del Regimiento núm. 73, vestida con trajes de época (1920), disparaba las 21 salvas de ordenanza, y la dotación de la corbeta *Infanta Elena* contestaba a la voz. Finalizado el desfile SS. MM. los Reyes saludaron a las autoridades, entre las que se encontraba el general José Cervera, nieto del almirante que mandaba la flota en Santiago de Cuba. S. M. el Rey depositó a continuación una corona de laurel al pie del monumento, acto acompañado de una descarga de fusilaría. Se leyeron varios discursos, que fueron correspondidos por S. M., que dijo:

«Cartagena, unida siempre a nuestros Ejércitos, y en especial a la Armada, supo como pocas ciudades de nuestra nación honrar a quienes dieron su vida en las lejanas tierras de Cuba, Filipinas y Puerto Rico con este monumento ante el cual nos encontramos.

Fue erigido por suscripción popular e inaugurado hace setenta y cinco años por mis abuelos, los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria Eugenia, en un brillante acto conmemorativo que recordaba a las escuadras que participaron en los combates navales de Santiago y Cavite, y en particular a los barcos que marcharon para luchar con asombroso valor en Santiago de Cuba.



El monumento en la actualidad.

Quienes marcharon en ellos cumplieron su tarea con dignidad y heroísmo que aun hoy nos emocionan, y llevaron adelante su sacrificio más allá de los apoyos materiales y morales con que contaron, de la desfavorable situación que tuvieron que asumir y de algunos desaciertos que se dieron en la conducción de las operaciones.

Los que regresaron tuvieron que arrastrar para su desgracia, y durante largo tiempo, el sabor de la derrota y, a veces, la incomprensión de sus compatriotas.»

**Nota del autor.**—Las miniaturas que acompañan al artículo son de mi colección y están elaboradas con piezas de plomo y pintadas con acrílicas.

La alegoría que representa «El Heroísmo» obedece a la escala predeterminada 54 mm.

Las miniaturas navales están realizadas de forma arbitraria, sin respetar escala alguna; pero para que el lector pueda hacerse una idea de sus medidas reales, tomaremos como ejemplo: crucero protegido *Infanta María Teresa*, 7.000 toneladas/20 knots; eslora: 75 mm; manga: 20 mm; puntal: 40 mm.

#### BIBLIOGRAFÍA

*Over 200, Authentín Photographic Views of the United States Navy.* Publicado por :W. B.Conkey Company (Chicago-New York). Franklin Serial. Vol. 5. Núm. 6. Mayo 1898.

*Libro homenaje a los héroes de Cavite y Santiago de Cuba.* Editor, director artístico y propietario José Casau Abellán. Cartagena. Año 1923.

CONCAS Y PALAU, Víctor: *La escuadra del Almirante Cervera.* Editada por San Martín. Madrid, 1900.

BENÍTEZ FRANCÉS, Tomás (artillero de mar de primera clase a bordo del *Vizcaya*): «El manuscrito de un combate», en *El Correo Gallego*. Ferrol, 1899.

MARQUÉS DE SOMERUELOS: *Memoria del Homenaje a los Marinos de Santiago y Cavite redactada por la Comisión Organizadora (1919-1923).* Madrid, 1924.